

PEDRO

un llamado a lo extraordinario



e625.com

Ricardo Flores



Esta es una muestra gratis
para que puedas espiar este libro.

En e625.com estamos muy entusiasmados
de que puedas aprovechar este contenido
y conseguir el libro completo,
ya sea en formato físico
en cualquier librería cristiana,
en nuestra tienda online
(e625.com/tienda)
o también en formato digital en:



iBooks



Google Play

Esta MUESTRA GRATIS incompleta del libro
no es para ser comercializada.©

e625.com

PEDRO, UN LLAMADO A LO EXTRAORDINARIO

e625 - 2024

Dallas, Texas

e625 ©2024 por Ricardo Flores

Todas las citas bíblicas son de la Nueva Biblia Viva (NBV) a menos que se indique lo contrario.

Editado por: **Marcelo Mataloni**

Diseño: **Nati Adami / Luvastudio**

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN: 978-1-954149-62-5

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS

Contenido

Introducción	9
Primera parte: De apóstol a héroe	13
Capítulo 1: Pescador de hombres	23
Capítulo 2: Enfrentando la persecución	39
Capítulo 3: Bajo la sombra del Imperio	53
Segunda parte: De pescador a discípulo	63
Capítulo 4: ¿Qué es un discípulo?	73
Capítulo 5: Milagros y maravillas	83
Capítulo 6: Los desafíos del discipulado	97
Capítulo 7: El precio del discipulado	111
Tercera parte: De discípulo a apóstol	119
Capítulo 8: La resurrección y el reencuentro	129
Capítulo 9: De vuelta a la misión	137
Conclusión	145
Bibliografía	153

En memoria de Brenda Orozco,
cuya vida fue un ejemplo de valentía y determinación.
Su coraje sigue inspirando a quienes la conocimos.

Gracias

A mi amada esposa: tu amor y apoyo constante me han impulsado a terminar lo que un día empecé. Gracias por estar a mi lado en cada paso de este viaje y por creer en mí.

A mi familia: agradezco a mis padres, hermanos y demás familiares por ser un faro que me ha guiado a lo largo de mi vida.

A mis amigos: a aquellos que me han enseñado, inspirado, motivado y brindado su amistad, les agradezco de todo corazón.

A todo el equipo de e625. Gracias por pulir mi trabajo y hacer que esta obra alcance su máximo potencial.

A mis maestros, mentores y pastores, quienes me brindaron su ayuda, consejo y apoyo, este libro no habría sido posible sin la contribución de muchos de ustedes.

Un agradecimiento especial a Lalo Quintero, Jorge Mario y a Marielos por su ayuda en este proyecto, les estoy muy agradecido.

Dejo para el final mi principal agradecimiento: a mi Dios, fuente inagotable de inspiración. Reconozco que todo esto ha sido posible sólo por su gracia, que se nota en cada palabra escrita y en cada persona que ha contribuido en este libro. Él lo hizo todo posible, toda la gloria deberá ser siempre para él.

Introducción

En la actualidad hay muchísimas historias diciéndonos que somos especiales, poniéndonos en el lugar del típico protagonista que se convierte en héroe. Como la de la chica que proviene de uno de los distritos más bajos, y se convierte en un ícono de la rebelión, encabezando la más épica revuelta y desafiando al Capitolio, en un enfrentamiento final que invertirá el orden social de su mundo. O como la de aquel niño huérfano, común y corriente, que recibe una carta de aceptación a la escuela de magia y hechicería, donde descubre que, tras una vida monótona y aburrida, él es el elegido y que posee el poder para enfrentar peligros en el mundo mágico y desentrañar los secretos de su pasado y de su destino. Puede ser por poder, inteligencia, belleza o la capacidad para cambiar algo, pero el protagonista siempre es alguien especial que, tras un descubrimiento, experimenta un giro total en su vida y allí comienza la narrativa.

La sobreexposición a este tipo de personajes nos ha enseñado, por diferentes medios, que los héroes «de verdad» no se equivocan, no fallan, siempre logran el cometido, salvan al mundo y rescatan a la dama en desgracia. Fracasar no parece estar permitido para estos personajes, ni por su público ni por ellos mismos. Equivocarse no es una opción (al menos, no equivocarse de verdad).

Por fortuna, el mundo no está destinado solo para unos cuantos seres especiales ni está hecho solo de superhombres o de mujeres maravilla. Rescatar la historia de un hombre como Pedro —que parece estar escondido a plena vista— me parece muy valioso. Hay tanta hambre por ver que se

cumplan los estereotipos que a veces la sociedad es capaz de sacrificar individuos extraordinarios, en aras de llegar a ese ideal. Las Escrituras, en cambio, nos dan historias a las que sigo volviendo una y otra vez, tenga la edad que tenga, y que van ganando profundidad a medida que vuelvo a leerlas con la perspectiva que nos da el tiempo y la experiencia. Siempre me intrigó la historia de un hombre común y corriente, débil, sucio e imperfecto como Pedro; él es un personaje real y no uno perfecto y unidimensional, con una vida pública con aciertos y desaciertos y que aún hoy es recordado como uno de los hombres que cambiaron el mundo, marcaron la historia y mi propia vida.

Primera parte: DE APÓSTOL A HÉROE



¡Cuán feliz es su iglesia, en la cual los apóstoles derramaron toda su doctrina junto con su sangre!

Tertuliano

Michelangelo Merisi da Caravaggio fue un famoso pintor italiano de principios del siglo XVII. Pintó uno de sus más famosos cuadros para la iglesia de Santa María del Popolo en Roma, alrededor del año 1600, memorable obra de arte conocida como La crucifixión de San Pedro. La representación del apóstol Pedro en esta obra es la de un decadente hombre de edad avanzada, pero que al mismo tiempo refleja un vigoroso semblante. El rostro del hombre, ya entrado en años, refleja angustia y temor; su mirada parece fija en su costado izquierdo, observando algo o a alguien que está fuera del cuadro. La luz central se enfoca en el personaje principal, dejando fuera, con rostros casi ocultos entre las sombras, a tres romanos que representan a sus verdugos. El cuerpo del apóstol ya está asegurado con clavos en sus manos y pies a una impecable cruz de madera, y es levantado hacia su inminente muerte, a través de cuerdas y fuerza humana.

La escena podría resultarnos familiar, similar a la de cualquier otro cuadro barroco de aquella época que represente la crucifixión de Cristo y, sin embargo, llama la atención que el cuerpo del apóstol está limpio y sin ningún rastro de sangre en sus manos y pies, y que la cruz en la que se ve morir al apóstol está cabeza abajo.

Con la dispersión de discípulos desde Jerusalén a todo lo ancho y largo del mundo antiguo, el cristianismo terminó atrayendo hacia la fe del Mesías judío a un gran grupo de gentiles. Para el gobierno de turno, la fe cristiana causó un gran disturbio entre los ciudadanos romanos y en la ciudad principal, uno que el Imperio no estaba dispuesto a tolerar. Todo empezó la noche del 18 de julio del año 64, cuando comenzó un feroz incendio que duró seis días y siete noches y devoró diez de los catorce barrios de la

ciudad de Roma. Tácito, un historiador de la época, parece creer que el incendio se produjo a causa de un accidente, pero también cuenta que circularon varios rumores sobre el origen del fuego, que casi consumió la ciudad: la mayoría de estos rumores apuntaban a la locura del emperador Nerón, quien hizo todo lo posible para desestimar tales sospechas sobre su persona. Debido a que dos de los barrios que no habían ardido eran las zonas de la ciudad en que había más judíos y cristianos, fue fácil para el emperador señalar como culpables a los cristianos. Fue así como se inician dos siglos y medio de persecución, muerte y odio por parte del Imperio romano y su gente hacia los miembros de la nueva fe¹.

Al principio se persiguió a los cristianos por incendiarios, pero poco tiempo después comenzó la persecución por su fe, y cualquiera que confesara ser seguidor de Cristo era sentenciado a muerte, y así fueron condenados cientos de miles de cristianos. Ya es bien conocido, para la mayoría de nosotros, que además de matar a los cristianos, se los hizo servir de entretenimiento para el pueblo: se los vistió con pieles de bestias para que los perros los despedazaran, otros fueron prendidos fuego para que iluminaran los jardines del palacio de Nerón por la noche y saciar el capricho del emperador, otros miles de cristianos fueron llevados al circo romano para servir de espectáculo cruel a sus espectadores. Un sinnúmero de ellos fue crucificado, y no había otra forma de morir más atroz o despreciable que la crucifixión².

1 La persecución de Nerón fue puramente local y por una causa ajena a la fe profesada por los cristianos, de manera que no es una persecución en el sentido técnico de la palabra. Hablando con propiedad, más bien fue una estrategia política para desviar sospechas sobre su persona. Véase Alfonso Ropero, *Mártires y perseguidores, Historia general de las persecuciones, siglos I-X* (Barcelona: CLIE, 2010), 37.

2 Tom Holland, *Domino: cómo el cristianismo dio forma a Occidente* (Barcelona: Ático de los libros, 2020), 13.

Es en este contexto de caza y hostigamiento que encontramos al apóstol Pedro, el hombre del que pintó Caravaggio. Su historia es la de un hombre cuyos mejores años ya habían pasado, y que ahora vive en un mundo que lo ha dejado atrás. Pedro, al igual que otros de los apóstoles, había tenido una vida itinerante; viajaba predicando el evangelio de Jesús y supervisando la vida de las iglesias que habían sido fundadas por otros colegas. La tradición cristiana de finales del primer siglo —que es complementada por varios escritos de principios del siglo segundo— ubica a este gigante de la fe regresando a Roma, por los años 63 o 64, donde fue detenido por el prefecto Agripa. En el mundo donde Pedro vivía ya no había lugar para apóstoles, y debido a su importancia en la organización cristiana y por los precedentes en contra de los cristianos, el héroe es condenado a morir.

Como ilustra Caravaggio en su obra, el apóstol sufrió la muerte por crucifixión; no obstante, la realidad parece ser un poco más dolorosa que lo retratado por el pintor. La escena debió desgarrar el alma de los presentes. Los intelectuales romanos estaban de acuerdo en que la crucifixión se trataba del peor fin imaginable, y a diferencia de las arenas en donde se ajusticiaba a los criminales para deleite de las multitudes enfervorecidas, la crucifixión era el castigo predilecto para los esclavos problemáticos; de hecho, eran expuestos a la vista del público como pedazos de carne en el puesto de un mercado y eso era, precisamente, lo que, a su vez, lo convertía en un castigo tan adecuado para los esclavos³.

Aunque al inicio este cruel castigo tenía un efecto disuasorio para los esclavos problemáticos, «Nada plasmaba con más elocuencia el fracaso de una revuelta que la imagen de

3 Ibid.

cientos y cientos de cuerpos crucificados, fuera a lo largo de una carretera o agrupados frente a una ciudad rebelde cuyas montañas aledañas estuviesen desprovistas de árboles»⁴. Según los romanos, el orden en que amaban los dioses era el mismo orden que respetaban y defendían los magistrados investidos con toda la autoridad de la potencia del mundo, por lo que eliminaban a las alimañas de los pueblos gobernados que osaban desafiarlos, y lo hacían por medio de la cruz⁵.

La virtud de la crucifixión era que combinaba la imposibilidad de respirar y de moverse, provocando un extremo dolor durante todo el proceso. Debido a la posición del crucificado en la cruz, los músculos intercostales están completamente extendidos, las costillas plenamente extendidas y el pecho se llena de aire pasivamente. Para poder respirar, la víctima tendría que elevarse a sí misma para liberar la presión de esos músculos y exhalar; este esfuerzo fatiga a la víctima, que acaba muriendo por agotamiento. El proceso podía durar desde tres o cuatro horas hasta tres o cuatro días. Para acelerar la muerte, muchas veces se golpeaban las piernas del ejecutado con un palo de madera hasta romperlas, quitándole así el punto de apoyo para poder izarse y seguir respirando, acelerando así su muerte.

El propio Señor, a quien Pedro servía, había sido condenado por Poncio Pilato por un delito capital contra el orden romano, durante el reinado de Tiberio, y había muerto también en una cruz, pero en una colina frente a las murallas de Jerusalén llamada Gólgota, que traducido es *Lugar de la calavera*. Las cuatro crónicas antiguas de esta ejecución,

4 Ibid., 14.

5 Ibid., 15.

escritas algunas décadas después de su muerte, especifican el trato recibido a mano de sus verdugos⁶. El apóstol Pedro, considerándose indigno de morir como su Maestro, pidió a sus ejecutores que lo crucificaran cabeza abajo.

¡Así no debería verse un apóstol!

Como ya se dejó claro, no hay ninguna postura cómoda en la cruz en la que se esté libre de dolor; si intentas izarte y respirar, estás fatigando los músculos y la postura es realmente molesta, y cuando te dejas caer para descansar, el dolor en las manos y los pies es insopportable ya que los clavos están presionando los nervios (esto sin contemplar el roce de la espalda lacerada con la áspera madera de la cruz). Ahora, imagina a un hombre crucificado con la cabeza hacia abajo. Todo el peso de su cuerpo no recae sobre las piernas sino en los débiles brazos; una crucifixión cabeza abajo hacia de esta muerte una más lenta, pero al mismo tiempo, más insopportable. Tan atroz era su muerte que el crucificado podría pasar días en esa posición, desangrándose o convertido en apestosa carroña para los buitres, que no esperaban la muerte de sus víctimas para arrancarles pedazos de carne y piel.

El escenario para este castigo fue el circo de la colina vaticana, uno de los terrenos más infames y desdichados fuera de los muros de Roma, que explica por qué después, cuando Roma se expandió más allá de sus antiguos muros, se necesitaron de las plantas más exóticas y aromáticas para enmascarar el olor a muerte de ese lugar⁷. El apóstol Pedro fue sepultado a poca distancia del lugar de su martirio, donde irónicamente hoy, por orden de Constantino I el

6 Ibid.

7 Ibid.

Grande se mandó a construir la famosa y antigua Basílica de San Pedro, en lo que es hoy la Ciudad del Vaticano.

Hay varias cosas que me hacen pensar que la historia de Pedro es especial, no porque sea fanático del personaje o porque me recuerde una parte específica de mi vida, sino porque sus convicciones e ideales de fe son críticos, al punto de matarlo y ponerle un punto final. ¿Qué llevó al apóstol Pedro a estar dispuesto a morir? ¿Qué tipo de lealtad es esta que ni siquiera se consideró digno para morir igual que su Maestro? Para responder a estas y otras preguntas, primero debemos estudiar la obra a la que con la muerte de Pedro se ponía fin: su misión como apóstol. Para esto, en esta primera parte deberemos abrir una ventana al pasado; analizaremos su participación en el Nuevo Testamento y también sus escritos, a fin de que nos ayuden a entender las convicciones e ideales del apóstol y, con base en estos, comprender el significado de su muerte.

Capítulo 1:

PESCADOR DE HOMBRES

En la década de los años 60 después de Cristo, cuando Pedro y Pablo fueron martirizados, el Evangelio era ampliamente proclamado por todo el mundo conocido. Para que este mensaje, que surgió en un grupo de alrededor de ciento veinte judíos en el Monte de los Olivos, llegara luego a tener esas proporciones, hubo un extenso recorrido que abordaremos en este capítulo. Para esto, es primordial para nuestra investigación apoyarnos en los hechos investigados y luego relatados por Lucas, el querido médico.

Desde los primeros capítulos, Lucas plantea el papel importante que jugarían los apóstoles en los planes de Dios para establecer su reino. Si se dividiera el libro de los Hechos en dos partes podría encontrarse fácilmente un protagonista en cada una de ellas: en la primera, definitivamente serían Pedro y los demás apóstoles, y en la segunda mitad serían Pablo y sus colaboradores —ya que la primera vez que encontramos a Pablo cobrar protagonismo es a la vez cuando la historia de Pedro comienza a desvanecerse del relato—.

El primer capítulo de Hechos provee una breve introducción a la narración del derramamiento pentecostal del Espíritu y sus consecuencias, y podemos observar dos temas principales: las conversaciones del Señor resucitado con sus discípulos en vísperas de su ascensión y la designación de Matías para cubrir la vacante en el apostolado causada por la traición y muerte de Judas Iscariote⁸. Desde el capítulo uno, Lucas deja en claro el liderazgo y protagonismo que Pedro tendrá en su narración.

⁸ F. F. Bruce, *Hechos de los Apóstoles: Introducción, comentarios y notas* (Grand Rapids: Desafío, 2007), 41.

El autor de Hechos nos cuenta que los discípulos permanecían en Jerusalén por instrucción del Señor y aprovechaban esa espera en unidad, y se dedicaban a la oración mientras se cumplía la promesa de la llegada del Espíritu Santo (1:14). Durante este tiempo, Pedro tiene la iniciativa de seleccionar un reemplazo de Judas, el suicida, y aunque la iniciativa es suya, el fallo es de Dios y así es elegido Matías (1:24).

Completos los doce, comienza un viaje por el mundo testificando de la resurrección y testimonio de Jesús de Nazaret. Algunos diccionarios definen el significado para la palabra testigo como «uno que testifica por acto o palabra de la verdad»⁹. Los discípulos de Jesús encajan perfectamente en esta definición como testigos oculares y presenciales de todo lo acontecido con Él —tanto en enseñanzas como en obras— y no es sino hasta la llegada del Espíritu Santo que los discípulos también se ajustan con la definición más técnica o jurídica del mismo término: «Persona que ha presenciado un hecho determinado o sabe alguna cosa y declara en un juicio dando testimonio de ello»¹⁰. Es decir, que para ser testigos no es suficiente solo con estar presente en los acontecimientos más importantes de la vida de Jesús, sino que también es necesario anunciarlo valientemente; para esta parte era preciso entonces el papel del Espíritu en los primeros creyentes. Esta dinámica entre el testimonio de los discípulos y el poder del Espíritu Santo para testificar delante de otros se deja ver claramente en todo el libro de los Hechos.

9 En la antigüedad, como en el presente, este era un término legal que designaba al testimonio dado por, o en contra de, uno en un juicio ante una corte. Fred L. Fisher, "Testigo, testimonio", *Diccionario de Teología*, ed. Everett F. Harrison, Geoffrey W. Bromiley, y Carl F. H. Henry (Grand Rapids: Desafío, 2006), 606.

10 C. T. Dimont, "Witness", *Dictionary of the apostolic church*, 2 Vols. ed. James Hastings, (New York: Charles Scribner's Sons, 1916–1918), 689.

La primera dinámica ocurre en Jerusalén el día de Pentecostés. La tercera persona de la Trinidad anunciaba con poder su entrada a la escena de la humanidad a la manera de un ruido como el de una violenta ráfaga de aire, trayendo consigo el viento que dio hálito de vida al cuerpo de Cristo en la tierra: la iglesia.

Entonces cada uno de los presentes quedó lleno del Espíritu Santo y empezó a hablar en idiomas que no conocía, pero que el Espíritu Santo le permitía hablar (Hechos 2:4)

Al escuchar el estruendo que se producía sobre la casa, multitudes de personas corrieron a ver qué sucedía, y los extranjeros se quedaron pasmados al oír el idioma de sus respectivos países en boca de los discípulos (Hechos 2:6)

El desconcierto y el asombro de los que eran ajenos a aquel grupo de primeros creyentes, dieron pie a que Pedro pronunciara un poderoso discurso que explicaba por medio de las Escrituras lo que acababa de acontecer, evidenciando a Jesús como el Cristo y terminando con un llamado al arrepentimiento y al bautismo (2:38).

Este potente mensaje, además del asombro de los presentes, trajo como resultado la conversión de unos tres mil en total, que se bautizaron y se unieron a los demás creyentes (2:41). El equivalente moderno para tal aceptación en la primera presentación pública de cualquier disciplina es conocido como ópera prima, lo que en el cine es el trabajo inicial de un director que deja claro que tiene mucho que aportar. En algunas situaciones, los autores jamás superan la fuerza de esa primera presentación, como es el caso de la conocida

película Ciudadano Kane, obra de 1941 escrita, dirigida, producida y protagonizada por Orson Welles. Esta película es considerada como una de las obras maestras de la historia del cine, siendo particularmente alabada por su innovación en la música, fotografía y estructura narrativa. Costaría creer que ese fue el primer trabajo de Welles, y que por sorprender tanto a la crítica se le otorgaría su único premio de la academia. Welles jamás superó la fuerza de su debut.

**El debut de Pedro como
predicador asombró a
todos, pero ese mismo
Pedro no había sido
capaz de comprender
por sus propios medios
las Escrituras unos
meses atrás.**

El debut de Pedro como predicador asombró y sorprendió a todos los presentes, pero lo que debió impresionar a aquel grupo de primeros creyentes residentes de Jerusalén (2:5) fue la elocuencia y sabiduría de las palabras del pescador (2:37). Hay que tener presente que ese mismo Pedro no había sido capaz de comprender por sus propios medios las Escrituras unos

meses atrás (Mr 9:32-34; Jn 12:16; 16:16-33), pero ahora se expresaba con elocuencia y propiedad, y hacia evidente su comprensión de estas (Hch 2:17-21, 25-28, 34-35). Tampoco hay que olvidar que este es el mismo Pedro que cincuenta días antes había negado a su Maestro por temor a que lo apresaran (Jn 18:15-27) y que se escondió junto con los otros discípulos en Jerusalén por temor a que los reconocieran (Jn 20:19), pero ahora lo confesaba como el Mesías prometido (Hch 2:22, 24, 32, 36) frente a aquellos de los que se había ocultado (Hch 2:14). Ese mismo Pedro ahora era un testigo valiente de la resurrección del Señor Jesús, y convenció de arrepentimiento y llevó al bautismo a tres mil

de sus hermanos judíos (2:41). Esto sin duda alguna no era mérito de Pedro sino del poder divino que ahora actuaba en él y en los otros discípulos. ¿Qué cambió en Pedro?

A partir del capítulo 3, Lucas narra los hechos más importantes en la vida de los apóstoles, figurando Pedro en la mayoría de ellos como quien toma la palabra o es el facilitador del milagro. Entre estos hechos se destacan la sanación del mendigo lisiado, el discurso de Pedro en el pórtico de Salomón, la conversión de miles, el discurso de Pedro y Juan ante el consejo, los sucesos acontecidos a Ananías y Safira, la sanación de Eneas y Dorcas, y un extenso etcétera. No hay espacio suficiente en este capítulo para dedicar una parte a cada narración; basta con decir que, a causa de su testimonio sobre la resurrección de Jesús, los apóstoles se metieron en problemas en varias ocasiones, hasta el punto de que fueron enviados a la cárcel para esperar ser llevados ante la asamblea general de los ancianos de Israel, una suerte de juicio tramado por el sumo sacerdote y sus partidarios, los saduceos (4:1-22; 5.17-42).

La discusión dentro del consejo entre los discípulos y la casta religiosa fue apasionada. Por un lado, el sumo sacerdote Caifás —cabeza de las élites religiosas— cuestionó a los apóstoles con estas palabras: «¿No les habíamos prohibido que volvieran a enseñar acerca de Jesús? Ustedes han llenado a Jerusalén de sus enseñanzas y tratan de descargar en nosotros la culpa de la muerte de ese hombre» (5:28). Por otro lado, Pedro —líder no nombrado de la iglesia primitiva— acometía con palabras desafiantes a las élites religiosas: «Tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres» (5:29), rebelándose no solo ante el sumo sacerdote sino en contra de toda la religión judía organizada, poniendo en

jaque y haciendo hervir la sangre de los que oyeron esto, a punto tal que pretendían matarlo (5:33).

Algo similar ocurrió en el año 399 antes de Cristo, cuando los tribunales atenienses condenaron al filósofo Sócrates a comparecer ante un jurado compuesto por quinientos ciudadanos libres. Los cargos imputados al pensador eran los de corromper a los jóvenes y su manifiesto escepticismo sobre la existencia del panteón griego. La actitud provocativa y burlona de Sócrates ante sus acusadores le valió ser declarado culpable por doscientos ochenta votos de los miembros de dicho jurado, y la sentencia fue la pena de muerte. Finalmente, a pesar de los intentos de fuga, su último acto como ciudadano fue obedecer las leyes y asumió su castigo con alegría; a la edad de setenta años, Sócrates acepta beber cicuta y así cumplir con la pena que le impusieron.

Sócrates, con todo y su reconocida sabiduría, no pudo librarse de las acusaciones de sus perseguidores, pero a diferencia del filósofo, los apóstoles contaban con una sabiduría mayor a la de cualquier hombre. A pesar de las hostiles interrogaciones conducidas por el sumo sacerdote, es bien conocido el coraje con el que los apóstoles encaraban el desafío que suponía la religión organizada. El resultado de este careo entre la nueva religión y sus dirigentes resultó en la orden de azotarlos, y les exigieron que no volvieran a hablar en el nombre de Jesús (5:40). El poder del Espíritu Santo cumplía la función de ayudar a los apóstoles a soportar las sanciones, como amenazas, advertencias, prohibiciones e incluso azotes, y como más adelante quedaría demostrado por Esteban, el poder del Espíritu serviría también para soportar la muerte valientemente (7:54-60).

Allí aparece en escena Saulo de Tarso, quien se mostraba como perseguidor de la iglesia, motivado por su celo de preservar sin adulteración la ley de Moisés, exclusiva para los judíos. Arrastró a la prisión a los judíos cristianos que cambiaban a Moisés por Cristo¹¹, y es en ese contexto que Lucas presenta el relato del capítulo 10 del libro de los Hechos, en donde Pedro es guiado directamente por Dios a testificar y bautizar a Cornelio, el centurión romano¹². El apóstol Pedro se había quedado hospedado en la casa de un tal Simón —que era curtidor de cueros¹³—, en Jope (10:6)¹⁴.

Mientras oraba en la terraza de la casa de este hombre, recibió una visión en la cual vio abrirse el cielo y aparecer algo parecido a una sábana, que descendía hacia la tierra; en ella había toda clase de animales que para las leyes de pureza de los judíos no debían comerse (10:9-23), y al mismo tiempo de presentarse esta visión, una voz del cielo invitaba a Pedro a matar a cualquiera de los animales y a comérselo. Pedro, como buen judío, se negó a participar de ese festín, pero la voz le reprochaba que no llamara impuro a lo que Dios ya había purificado. Después de eso, es invitado a la

11 William McBirnie, *En busca de los doce apóstoles* (Carol Stream: Tyndale House Publishers, 2009), 13.

12 Los judíos conservadores no entrarían a la casa de un gentil ni permitirían que un gentil entrara a la suya. Pedro enfrenta un problema al ser invitado a la a casa de Cornelio. A pesar de que la mayoría de los judíos liberales probablemente no tendría objeción alguna, Pedro tiene que estar preocupado por la parte conservadora dentro de la iglesia judía, que eventualmente incluiría hasta a los fariseos (15:5). Véase: Craig S. Keener, *Comentario del contexto cultural de la Biblia: Nuevo Testamento* (El Paso: Mundo Hispano, 2017), 350.

13 Su profesión era despreciada por los pietistas conservadores. Algunos rabinos permitían algunos negocios a corto plazo con los gentiles y reconocían que algunas tiendas empleaban tanto a gentiles como a judíos. Keener, *Comentario del contexto cultural*, 350.

14 Jope era una ciudad grande y mixta. En muchas ciudades del mundo romano la gente del mismo oficio vivía en el mismo distrito. Ibid.

casa de un gentil llamado Cornelio para que le anuncie el Evangelio a él y a su familia.

Salvando las diferencias, algo parecido se retrata en el drama bélico que lleva por nombre *Lágrimas del sol*, donde se encomienda a A. K. Waters, un teniente de las Fuerzas Especiales de los Navy SEAL y su pequeño pelotón, a proteger a un grupo de víctimas de la guerra civil de Nigeria que se encontraban resguardados con la doctora Lena Kendricks. Al comprobar de primera mano la brutalidad de los rebeldes, se acogen a la causa y ponen sus vidas en peligro escoltando a los habitantes del poblado a la frontera más cercana, donde gozarán de asilo político, en una peligrosa marcha a través de la densa jungla. En esta película, Waters y sus hombres deben elegir entre el deber y la piedad, así como Pedro tuvo que elegir entre obedecer el deber religioso o la voz de Dios.

La frontera ahora estaba abierta, y lo que Pedro debía hacer era conducir a aquellos hombres y mujeres a que la cruzaran, y así poder entregar su alma al Mesías. Lucas recoge el relato y lo resume de esta manera:

Entonces Pedro les dijo: Ustedes saben que al entrar yo aquí estoy quebrantando la ley judía que prohíbe entrar a la casa de un gentil. Pero Dios me ha mostrado en visión que no debo considerar profana o impura a ninguna persona (Hechos 10:28).

Pedro comprendió que en realidad para Dios no hay favoritismos, sino que en toda nación él ve con agrado a los que le temen y actúan con justicia (10:35). De acuerdo con el plan de Dios, no debía haber ningún impedimento para la salvación de los no judíos.

La defensa de Pedro no se basó en lo que él hizo sino en lo que Dios hizo.

La defensa de Pedro no se basó en lo que él hizo sino en lo que Dios hizo¹⁵, como queda en evidencia en la respuesta que brindó a sus críticos:

Ahora, díganme, si Dios mismo les dio a los gentiles el mismo don que nos dio a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios? (Hechos 11:17)

Este es un punto crucial en el relato de Hechos, ya que por primera vez la iglesia evangeliza activamente a los gentiles¹⁶. Pedro, mediante la gracia del Señor Jesucristo, abrió la puerta primero a Cornelio y a los suyos, la misma puerta por la que muchos otros –veinte siglos después– pueden seguir entrando. Gracias a la ruptura de los prejuicios de Pedro y a su obediencia, el camino fue posible.

Tanto Hechos 8:4 como 11:19 comienzan con las mismas palabras: «Los creyentes que habían huido de Jerusalén...». Esta expresión relata cómo los dispersados por la persecución que siguió a la muerte de Esteban seguían predicando las buenas nuevas del evangelio de Jesús de Nazaret. Ya para el capítulo 11, Esteban no era el único mártir, ya que el rey Herodes había hecho arrestar a algunos miembros de

15 John F. Walvoord y Roy B. Zuck, *El conocimiento bíblico, un comentario expositivo: Nuevo Testamento, tomo 2: San Juan, Hechos, Romanos* (Puebla: Las Américas, 1996), 171.

16 Los samaritanos del capítulo 8 eran parcialmente judíos; el eunuco etíope iba leyendo por sí mismo Isaías 53 cuando regresaba de Jerusalén y aun Cornelio tomó la iniciativa de conocer el evangelio por labios de Pedro, pero aquí es donde la iglesia da los primeros pasos para llevar el mensaje a los gentiles. Ibid., 171–172.

la iglesia con el fin de matarlos; por ejemplo, a Jacobo, hermano de Juan, lo mandó a matar a filo de espada. Jacobo integró el círculo más íntimo de los discípulos de Jesús, ya que varias veces en los Evangelios se lo menciona junto a Pedro y Juan (Mc 5:37; 14:32-33, etc.). De estos tres, del que menos sabemos es de Jacobo; sin duda fue una figura digna de mención entre los apóstoles¹⁷, pero a pesar del relativo silencio del relato bíblico acerca de él, podemos intuir que era un amigo muy cercano de Pedro y una pérdida importante para la iglesia del primer siglo.

Bajo este contexto, y en esas circunstancias, Pedro había sido detenido para ser enjuiciado, pero pudo escapar de manera milagrosa de la cárcel y de su custodio personal con la ayuda de un ángel, quien lo libró de los grilletes, cadenas y puertas que lo resguardaban (12:1-19). Despues de reunirse con la iglesia de Jerusalén y contarle a Jacobo (hermano de Jesús) lo sucedido, viajó de Judea a Cesarea y se quedó allí por un largo tiempo. Debido a la persecución que desató la muerte de Esteban, había discípulos en Fenicia, Chipre y Antioquía que no anunciaban a nadie el mensaje excepto a los judíos, y con el ejemplo de Pedro, Pablo y Bernabé la predicación a los demás fue posible.

Para terminar, el capítulo 15 del libro de los Hechos registra el primer concilio de la iglesia, el que tiene como sede a la ciudad de Jerusalén por el año 46 de nuestra era; allí se reunieron los apóstoles que aún quedaban con vida junto a los ancianos¹⁸ para discutir un tema por demás importante

17 Véase: McBirnie, *En busca de los doce apóstoles*, 63.

18 Para el erudito del Nuevo Testamento Craig L. Blomberg existe alguna evidencia de que en la capital judía los ancianos ya habían sustituido a los apóstoles y habían tomado así la responsabilidad como líderes locales. Craig L. Blomberg, *De Pentecostés a Patmos: una introducción a los libros de los Hechos a Apocalipsis* (Miami: Vida, 2011), 61.

para la iglesia: el asunto estaba relacionado con el interés de un grupo de cristianos que creían que era necesario circuncidarse a los gentiles y exigirles que obedecieran la Ley de Moisés¹⁹.

Este no era un tema para tomar a la ligera, y reposaría en los hombros de los apóstoles el decidir si debían o no imponer estos requisitos a los gentiles. Después de haberlo discutido por largo rato, como es la costumbre en Hechos, Pedro es el primero en tomar la palabra (15:7) y llamar a la reflexión a los que allí discutían. En su discurso, llama a no provocar a Dios poniendo sobre los no judíos el yugo de la Ley (15:10), postura que fue secundada por Jacobo y respaldado por el testimonio de Pablo y Bernabé, que habían recorrido ciudades gentiles importantes, y habían visto cómo los creyentes eran movidos a creer en el Señor (15:12). A partir de allí, se tomó una firme decisión que prevalece hasta nuestros días: no estorbar a quienes quieren convertirse a Dios pero no son judíos. Pablo sería un férreo defensor de este convenio, reprendiendo a los conocidos como judaizantes, que buscaban pervertir la enseñanza de la gracia.

Salvando las diferencias, el 26 de junio de 1945, los representantes de los cincuenta países miembros firmaron la Carta de las Naciones Unidas (esto después de la devastación y los horrores provocados por la Segunda Guerra Mundial). Los delegados deliberaron sobre la base de propuestas preparadas por los representantes de China, Unión Soviética, Reino Unido y Estados Unidos para redactar esta carta,

19 Básicamente estaban diciéndoles que para ser cristianos primero tenían que ser judíos. Si este acercamiento hubiera prevalecido, el cristianismo nunca habría dejado de ser una secta judía más; por tanto, no es de sorprender que, ante una cuestión tan seria, se convocara a una reunión en Jerusalén. Véase: Ibid. 67.

y este tratado recoge el compromiso de los respectivos gobiernos a seguir apoyándose y luchando juntos en contra de cualquier potencia que amenace la soberanía de cada nación firmante. El compromiso actualmente sigue firme, y cada vez son más las naciones que se adhieren a este tratado.

La Carta de las Naciones Unidas se parece al acuerdo al que se llegó en el concilio de Jerusalén, allá por el año 46 de nuestra era; la decisión sigue vigente hasta nuestros días y permite que sea la gracia el único medio para obtener la salvación. Pequeña decisión, ¿no es así?

Esta será la última vez que encontremos un registro escrito de Pedro en el libro de Hechos, con algunas menciones en la correspondencia de Pablo con otras iglesias. Aunque débil, este es un intento por retratar el rumbo de ese primer grupo de judíos renovados por el poder del Espíritu Santo que cargaban en sus hombros todo el peso de cambiar al mundo. Este intento por registrar los momentos más importantes del ministerio de Pedro y de los otros apóstoles puede resumirse en una palabra: ¡extraordinario!

Este es el mejor intento por rescatar el camino en ascenso de estos nuevos guardianes de la verdad. Pedro y los otros recibieron la instrucción de salir y cambiar el mundo, y fue justamente lo que hicieron. En dos de los primeros mensajes públicos de Pedro, la cifra de arrepentidos sumó ocho mil; para sanar enfermos solo bastó un pequeño toque de su sombra, y para expulsar demonios fue suficiente una palabra suya. La providencia de Dios iba con él a donde quiera que fuera, y lo acompañó durante todos sus viajes por todas las ciudades. Las decisiones que Pedro y los otros tomaron dieron forma a la Iglesia, y sus escritos formaron parte del

Nuevo Testamento. Su obediencia abrió las puertas para que muchos otros —como tú y yo— entraran en la promesa de la salvación del Hijo de Dios.

Así ponemos fin a este primer capítulo del apóstol. Culminamos el ascenso y la notoriedad de su ministerio porque esto no duraría para siempre, ya que esta es la última vez que encontramos un registro escrito de Pedro, y no será hasta su primera epístola que volvamos a tener información de él (al menos una década después), pero cuando lo hallemos nuevamente, lo veremos al final de sus días con una madurez espiritual extraordinaria.



e625.com
TE AYUDA
TODO EL AÑO